



ZANGUEBAR.—PRODUCTOS PARA MOKONAROKO.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac. (Pág. 67).

CARTAS DE MISIONEROS

COLOMBIA

Nuevo Vicariato apostólico

Por primera vez vamos á hablar en *Las Misiones Católicas*, del Vicariato apostólico de los Llanos de San Martín. Esta nueva Misión, colocada por la Santa Sede bajo la jurisdicción de la Propaganda, formaba anteriormente dos Prefecturas apostólicas, que habfan sido creadas una en 1903 y otra en 1904, y que dependían de la Congregación de asuntos eclesiásticos extraordinarios.

CARTA DEL ILMO. SR. D. JOSÉ M.^a GUIOT, OBISPO TITULAR DE AUGUSCÓPOLIS, VICARIO APOSTÓLICO DE LOS LLANOS DE SAN MARTÍN.

APENAS llegado al nuevo campo de evangelización que acaba de serme confiado, me apresuro á escribirles para mover la simpatía de los lectores de *Las Misiones Católicas* en favor de nuestras obras.

El Vicariato apostólico de los Llanos de San Martín está limitado al Oeste por la cordillera de los Andes, al Norte por el Méta y al Este por Venezuela y el Brasil. El Ecuador y el caudaloso Amazonas forman el límite Sud. En esta inmensa comarca, las comunicaciones son muy difíciles. Los habitantes, excepto los de algunos centros establecidos al pie de la cordillera, son indios, y por consiguiente salvajes ó casi salvajes. Para evangelizar estas pobres tribus, dispersas y nómadas, carecemos de recursos.

Júzguese sino por la adjunta carta de uno de mis misioneros, el P. Barón:

AÑO XVII.—NÚM. 330

«Vencidas las primeras dificultades, esperábamos vislumbrar un porvenir más consolador para nuestra pobre Misión india de los Vichada. Pero ¡ah! las dificultades son cada vez mayores y más numerosas. En efecto, precisan una salud de hierro y cantidades considerables, y estamos siempre enfermos y casi nos vemos obligados á tender la mano á los indios.

«No pretendo recordaros aquellos tiempos heroicos, en que, aguijoneados por el hambre, recibíamos con gusto un plato de hormigas. ¡Y cuántas otras miserias! Pero, dejemos esto, que es ya antiguo. Pasemos por alto estos detalles, que un día podremos hacerlos valer ante el trono del Altísimo, y volvamos á mis salvajes.

Esparcidos acá y acullá por las orillas de los ríos, estos indios forman un pueblo rebelde á toda civilización. Y se comprenderá que sea así, recordando la historia de las revoluciones colombianas. Todas han repercutido entre los indios. Estas pobres gentes, perseguidas como fieras, diezmadas en varias ocasiones, están resueltos siempre á no tratar con los blancos. Como de nosotros sólo conocen lo malo, desconfían.

Hasta la idea religiosa les asusta. «Otro medio, dicen, para robarnos hijos.» No tienen religión; reconocen vagamente un Ser superior; pero sin tributarle culto formal. La muerte no les preocupa. La juzgan efecto de sortilegios de enemigos. Confían ser más afortunados que sus ascendientes: «Mi padre haber muerto; pero yo no

31 DE MARZO DE 1909

morir, yo ser fuerte y valiente, y saberme defender.»

«Como la tierra es poco fértil, se hace imposible establecer centros populosos. Esto nos obligó á abandonar nuestra primera fundación y trasladar nuestras tiendas á tierra más productiva. ¿Cuál será el porvenir de esta nueva Misión? Sólo Dios lo sabe.

Contaré el siguiente hecho que prueba la desconfianza de estas gentes. Terminada la construcción de nuestra Casa-residencia, queríamos para bendecirla, celebrar una fiesta ruidosa que impresionara las imaginaciones. Al efecto anunciamos por todas partes que tal día habría fiesta extraordinaria en la Misión. Se invitó con empeño y con entusiasmo, prometiendo maravillas. De pronto, rápida como el rayo corrió la noticia de que aquel día coincidía precisamente con el de Pascua, primero en que la Iglesia católica permite comer carne; consecuencia, la fiesta era un pretexto para atraer gente, á fin de lograr numerosas víctimas. Como es de suponer, no compareció ni un salvaje. No obstante, los de los alrededores no huyeron, lo cual nos permitió sortearles algunos objetos para estímulo de su confianza y mortificación de los ausentes.

¡Pobres gentes! ¿Cuándo llegará para ellas la hora del Señor? Apresurámosla con nuestras oraciones. La más pequeña limosna será un poderoso auxiliar. El dinero es, ha sido y será siempre y en todas partes el nervio de la guerra, aun de la que se hace al diablo para arrancarle almas.

NOTICIAS VARIAS

Inglaterra.

El Papa y algunos anglicanos.—Entre las muchas cartas de felicitación recibidas por el Padre Santo con ocasión de los cincuenta años de su sacerdocio, ha sido singularmente notable la que le dirigió la Sociedad de Santo Tomás de Cantorbery, que comprende la flor y nata de la Iglesia protestante de Inglaterra. Esta carta fué redactada en la junta anual de la Sociedad, y firmada por su presidente el Arzobispo de Cantorbery. En ella, después de las felicitaciones de ocasión, se ensalza al Papa por su programa de «restaurar todas las cosas en Cristo,» por su solicitud en cumplir con el mismo, por haber promovido la Comunión diaria, por haber vindicado la inspiración de los libros sagrados, y otros actos; se reconoce que las enseñanzas de la Iglesia son la regla de fe y costumbres, y se expresa el deseo de que haya pronto un solo rebaño y un solo pastor.

Costa Rica.

El Delegado Apostólico en el Centro de América.—El Ilmo. y Rdm. Sr. Cagliero, Delegado Apostólico de Su Santidad Pío X, había salido de aquella República para Nicaragua á principios de Diciembre pasado, y el 20 de Enero estaba para salir de ese segundo país, y dirigirse á la República de Honduras, en su benéfica Misión por las Repúblicas centro-americanas. De Honduras saldrá en Marzo para el Salvador, y después á Guatemala y seguirá á Costa Rica en Junio venidero. En Nicaragua fué espléndidamente recibido, principalmente en León.

Jamaica.

Restauración.—La Iglesia de Jamaica se va reponiendo paulatinamente de los efectos del terremoto de hace dos años. El

día 13 de Diciembre fué echada la piedra angular de la nueva iglesia catedral de la Santísima Trinidad con grande regocijo de los católicos de aquella Isla. Ofició el Ilmo. y Rdm. John Collins, S. J., en presencia de todos los sacerdotes misioneros de Jamaica, de dieciséis Padres Jesuítas, y de un numeroso concurso de católicos y acatólicos. En un elocuente discurso, el P. Patrick Mulry, S. J., trazó la historia de la Iglesia jamaicense, desde el 3 de Mayo de 1494, cuando Cristóbal Colón levantó la primera Cruz en aquel suelo, hasta nuestros días.

Delta Egipcio.

Progresos del Catolicismo.—Matarieh, esta porción de tierra egipcia, bendecida y privilegiada entre todas por haber sido la primera en ofrecer asilo á la Sagrada Familia cuando su huida á Egipto, es justamente célebre.

Por la parte del desierto, inmensos campos vestidos de flores y de espléndida vegetación, invaden los dominios de la arena, escondiendo detrás de sus palmeras, de sus acacias y de sus mil y una especies de árboles y arbustos, gran número de hermosas quintas y hoteles. Los enfermos de la capital y los amantes de una vida silenciosa y apacible, van á ellas, á restablecer su salud y á disfrutar de los encantos del campo, aire puro, cielo espléndido y vida descansada.

En un terreno perteneciente á los PP. Jesuítas del Cairo se ha construído una hermosa capilla, consagrada, como es natural, á la Sagrada Familia desterrada en Egipto.

Desde hace algunos años, el movimiento de la población del Cairo hacia los aires vivificantes del desierto, hacía sentir á Matarieh la necesidad de una escuela para niñas. Hoy ésta es un hecho, gracias al celo de las Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles.

Las humillaciones, fatigas y privaciones sin cuento, escribe la Hermana Jacques, que acompañaron los principios de nuestra Misión, son difíciles de concebir.

Hace dos años alquilamos y amueblamos una casita. En ella recogimos algunas niñas. Paulatinamente el número fué en aumento, hasta llegar á cuarenta, pero en este núcleo no había ni una católica. El grano de mostaza germinó, y hoy nos hace concebir hermosas esperanzas; entre nuestras alumnas contamos ya nueve católicas.

La casita aquella distaba mucho de responder á las necesidades de la población. Las familias acomodadas, en su mayor parte europeas, encontrando nuestra instalación deficiente, no nos confiaban sus hijos, resultando de ello que crecían sin instrucción religiosa. El elevado precio que han alcanzado los alquileres nos han decidido á construir.

Compramos un campo junto á la capilla de Matarieh. Los trabajos de construcción han empezado y avanzan despacio, porque esperamos que los devotos de la Sagrada Familia nos socorran cooperando con sus limosnas á la construcción de la escuela.

Sudán.

Suicidios.—El Rdo. P. Thevenoud, de los Padres Blancos, misionero en el Mossi, nos escribe desde Uaghadugú:

«Yiwaoga, antiguo pretendiente al trono de Kupela, obligado á residir en Uaghadugú, pasa allí los largos días de su destierro. Un día vino á contar sus miserias al P. Chollet, diciéndole que iba á poner fin á sus sufrimientos; ya que no podía volver á su país, iba á suicidarse. En testimonio de su amistad para con el Padre, dióle una hacha pequeña y muy hermosa, única cosa que le quedaba. El P. Chollet, no creyéndole sincero, no se ocupó más de él. Pero al poco rato oímos un ruido insólito. Salí inmediatamente de la habita-

ción, y vi correr varios niños en dirección á un árbol que estaba á unos cien metros de distancia. Yiwaoga se había subido á lo más alto de él y luego se había arrojado al suelo. No obstante, parece que tomó todas las precauciones para hacerse el menor daño posible, pues al poco tiempo tuvimos noticias de que el suicida estaba bien. Creemos que sólo quiso llamar la atención y obligarnos á prevenir al Comandante del Círculo. Su artificio le ha salido bien, pues ha logrado le repatriaran.

«Los suicidios no son raros en el Mossi: estos negros sienten el peso de la vida como los civilizados no católicos. Se suicidan por la pérdida del padre, de la madre, de un hijo, por estar aburridos, por no sufrir más. No ha mucho vi prender y encarcelar á dos jóvenes esposos que querían suicidarse, porque dos hijos suyos habían sido víctimas de un accidente.»

Miyasaki (Japón).

Una iglesia á San José.—El Rdo. P. Joly, de las Misiones Extranjeras de París, nos escribe desde Miyasaki lo siguiente:

«Once años ha que resido en Miyasaki. Al llegar aquí sólo hallé una casucha, medio arruinada por los frecuentes huracanes y temblores de tierra. Para colmo de desdicha esta casa (llamémosla así) estaba situada en la parte más baja de la ciudad, y á cada desbordamiento del Ayodo era infaliblemente la primera y la que más se inundaba. La iglesia es un pequeño cuarto separado del mío por un tabique. En estas condiciones y á pesar de contar con un puñado de pesetas, no creí prudente diferir por más tiempo la construcción de una nueva residencia, y, siete años ha, emprendí los trabajos. Gracias á los recursos que me enviaron varias almas caritativas, he podido acabarla; pero disto mucho de haber hecho lo necesario.

Lo que más ardientemente deseo es la construcción de un edificio capaz para servir de iglesia y de sala de conferencias. Hay dos aposentos que, abriendo las puertas se comunican, y hacen las veces de iglesia. Uno de ellos, el menor, sirve de

coro; en el otro, cristianos y paganos se agrupan en confuso desorden.

Ayer recibí la visita del Procurador Imperial y del Director del Liceo de niñas. Son dos amables paganos con quienes estoy contento de mantener relaciones. ¿Queréis saber cuál fué la primera palabra que me dijeron apenas sentados, después de cambiadas las saluciones de rúbrica?

—A propósito, Padre, ¿cuándo empezáis vuestra iglesia? Decís que enseñáis Religión á quien quiera que desee instruirse; pero esta casa no es lo que debería ser. Si queréis que las gentes acudan, es preciso que tengáis un lugar de reunión, una iglesia. Perdonad la comparación, pero, creedme, un sacerdote sin iglesia, equivale á un mercader sin tienda, á un juez sin tribunal, á un profesor sin escuela.

Es verdad, me dije, la respuesta encaja que ni pintada; ahora mismo voy á contársela á mis lectores. Y así lo he hecho.

La futura iglesia será puesta bajo la protección de San José. Suplico á todos los devotos del Padre adoptivo de Jesús, Esposo de la Virgen María, Protector de la Iglesia universal, se dignen tener compasión de este pobre misionero que en el Japón quiere dedicar á San José una iglesia-salón de conferencias.

China.

La cultura europea en China.—Sabemos por nuestra correspondencia con China que el Gobierno alemán parece haber decidido establecer una Universidad en Tsingtao, la que comprenderá clases de legislación, de minas, de mecánica y de medicina. Para los gastos de instalación, China contribuiría 40,000 marcos, y Alemania 310,000. Para el ejercicio, China contribuiría también 40,000 marcos por diez años, y Alemania respondería por otros 35,000.—El Gobierno de los Estados Unidos trata con el Wai-U-Pu, y el gobernador del Chantong para establecer un grande Ateneo en Wei-hien (Chantong), el cual podrá recibir varios miles de alumnos con 25 profesores americanos. Su instalación ascendería á 4.000,000 de pesos.

AMÉRICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

CAPÍTULO II.—Fiesta de nuestro P. San Francisco.—Salida de Nueva Granada con dirección á *El Encanto*.—Penalidades en la navegación.—*El Lage*, vivienda del joven Rubén Gasca.—Casual encuentro con el cacique de una tribu de indios güitotos llamados Fayajenes.—Conversión del cacique.—Llegada á *El Encanto*, y preparativos para introducirnos á las tribus antropófagas existentes entre el río Caraparaná é Ingaraparaná.



VOLVAMOS á reanudar nuestro itinerario algún tanto interrumpido.

El 3 de Octubre de 1905 llegamos al puerto de *Nueva Granada*, sito en la orilla izquierda del Putumayo. Aquí se encuentra la casa de los señores Cabrerías, oriundos de Pasto.

En dicha casa nos dieron hospitalidad, y en los 17 días que paramos allí se portaron muy caballerosamente con nosotros, especialmente al Sr. Emilio, de quien estamos muy agradecidos.

*

La fiesta de nuestro P. San Francisco la celebramos del modo más triste que puede imaginarse; por supuesto no por falta de voluntad, sino porque el tiempo, lugar y circunstancias así lo exigieron. De fiesta sólo tuvimos la Santa Misa, y nada más.

El P. Santiago, que nunca había tenido un 4 de Octubre semejante al de *Nueva Granada*, no pudo ocultar su pena, y la manifestó á quien adolecía del mismo mal. Traíame á la memoria el gozo que reina en nuestros conventos y en el corazón de cada uno de nuestros hermanos, cuando celebran las glorias del Serafín de Asís; y al encontrarnos lejos de ellos en estos desiertos y soledades, desprovistos hasta de lo más necesario, se redobló nuestra pena y nostalgia.

En los 17 días que permanecemos con los Sres. Cabrerías, no perdimos ocasión de adquirir datos sobre el modo de atraer á los indios, así como de sus costumbres y manera de vivir. Muchas de estas cosas observamos prácticamente; pues en aquellos días llegó la

tribu de los indios Bochanisayes con el caucho para sus patrones, y como se demoraran algún tiempo en *Nueva Granada*, presenciarnos varias de sus costumbres.

Después de todo esto, y con algún temor sobre cuál podría ser nuestra suerte en medio de las tribus salvajes, nos despedimos de nuestros caseros y de toda la expedición; y poniéndonos bajo la protección del cielo y á merced de las aguas, empezamos á desandar el Putumayo para tomar el río Caraparaná, cuya ruta habíamos escogido. Sucedió esto el 18 de Octubre, día, bajo todos conceptos, penosísimo para mí, pues á poco tiempo de haber navegado, me sentí con fuerte dolor á la cabeza, pronóstico del ataque de bilis que luego experimenté. El sol de ese día era casi tropical; el vaivén de la canoa, mortificante por demás; pues sabido es cuando se lucha contra la corriente de las aguas; todo, en fin, contribuyó para que se agravara mi enfermedad.

En esas ocasiones, de un modo especial, el R. P. Santiago redoblaba su caridad con su pobre hermano. Unas veces me hacía recostar en las rodillas para evitar el que me cayera al agua; otras, olvidándose de su propio cuidado, con una mano ponía el paraguas sobre mi cabeza con el fin de hacerme sombra, y con la otra ahuyentaba las nubes de mosquitos, que sin compasión me chupaban la sangre. ¡Qué consuelo es para uno, en esos desamparos, tener quien se conduela!

Siete horas habíamos andado con estos trabajos é incomodidades, y la noche ya nos cogió en *El Lago*, puerto del laborioso antioqueño Rubén Gasca.

Todos pensábamos que aquella noche lo sería de descanso para aliviar las fatigas del alma y del cuerpo; empero, el Señor fué servido poniendo á mayor prueba la paciencia de sus Misioneros, del modo y manera que voy á decirle.

Como la habitación del Sr. Gasca se encontraba dentro del monte y algo retirada del río, y por otra parte estaba asaz obscura la noche, resolvimos pernoctar en la orilla bajo unos *ranchos* inservibles. Por aquel entonces, nadie se preocupó de mejor casa, porque no se veía peligro alguno que lloviera; y así, con toda tranquilidad nos retiramos á descansar.

Una ó dos horas habríamos dormido, y se repitió aquello de *«Rupti sunt omnes fontes abyssi magnæ, et cataractæ cæli apertæ sunt.»* (*Génesis*). Que se rompieron las fuentes del grande abismo y se abrieron las cataratas del cielo. Y en verdad que fué un diluvial aguacero el que cayó sobre nosotros, esa noche. Mas como los *ranchos* no nos podían resguardar, pronto tuvimos el agua del cielo y la que corría por la tierra. La de ésta fué tanta, que no sólo empapó las camas, sino también el hábito que llevábamos puesto. Recuerdo que con el P. Santiago disputábamos por un pedazo de abrigo que estaba seco, para hacerlo servir de almohada; empero, puso término á la disputa el mismo chubasco. Viendo que era ya imposible tornar al dulce sueño del principio, resolvimos pasar en cuclillas las últimas horas de la noche, defendiéndonos solo con los paraguas. Llegado que fué el día, corrimos en busca de la casa para poder secar al fuego la ropa, y por ver si podíamos dormir un poco, pues habíamos quedado

enfermos por los trabajos del día y los sufrimientos de la noche.

Gracias á la buena acogida que nos hizo el dicho Sr. Gasca, pudimos descansar lo suficiente y prepararnos á otros contratiempos.

En este lugar permanecimos unos tres días, en cuyo tiempo se bautizaron 17 indios güitotos. También, después de mucho trabajo, logramos que se hiciera cristiano el Cacique de los Fayagenes, quien, por una casualidad, había venido á *El Lago* para hacer un reclamo en contra de unos indios que impedían la pesquería en unas lagunas poco distantes del Caraparaná.

Las disputas, argumentos y altercados que cruzaron con este indio, al tiempo que lo quería yo convencer para que se dejara cristianizar, son muy curiosos, y no quiero que mis lectores los ignoren.

Por medio, pues, de mi intérprete, le pregunté si quería recibir el santo Bautismo (advirtiendo que esto ocurría después que se administró tal Sacramento á varios güitotos, y de cuya ceremonia fué él testigo); empero, fué su respuesta un terrible y lacónico no. Volví á insistir en el por qué de su negativa; y la contestación fué: «Ni yo ni mi gente no nos queremos morir.» Díjele, entonces, que el Bautismo no causaba la muerte. Mas él, de una manera bastante brusca, añadió: «Ese otro Jusiñamuy (Dios) (refiriéndose indudablemente al P. Basilio, quien, pocos años antes, había estado con ellos) cuando vino lavó la cabeza á unos indios y se murieron.»

Cuando mi adversario quería con estas razones evadir el santo Bautismo, con calma le repuse: que el morir no era porque se les lavaba la cabeza (así dicen para indicar la ceremonia del Bautismo); y en prueba de ello, que se acordara cómo sus mayores ya se habían muerto á pesar de que ningún Jusiñamuy les lavara la cabeza. A estas y á otras razones me respondió con una salvaje risotada, al propio tiempo que me volteaba la espalda. No se me pase por alto que esta escena sucedía en presencia de veinte ó más güitotos, quienes, con pocas excepciones, eran de los mismos sentimientos que nuestro contendiente.

Y yo, al ver que el Cacique se me quería enojar, desistí por un momento de la disputa, confiando en que le pasaría el mal humor, y luego con buena cara y haciéndole algunos halagos, le dije sencillamente: ¿Quieres ver á Dios? Hice esta pregunta, persuadido de que me contestaría de un modo afirmativo, y yo á la vez poder añadir que si no se bautizaba no podría verlo. Mas la respuesta desconcertó por completo mi plan; porque sin ningún ambaje dijo: «¡Eso sí que está trabajosol! ¡Muy lejos! ¡Nunca llegaré!»

Supuso, pues, el pobrecito, que para ver á Dios era necesario tomar una canoa y navegar aguas arriba. Esto comprendí que quiso decir cuando se explicaba por señas, al mismo tiempo que nos mostraba el río.

Después de lo dicho pasó entre los dos una especie de diálogo; porque el indio para todo tenía dudas y objeciones. Díjele, pues:

—Hijo mío, á Dios se ve después que uno ha muerto.

—Yo no quiero morir.

—También tus mayores no quisieron, y no obstante se murieron.

—Después de muerto nada me importa ver ó no á Dios. (No creía en la inmortalidad del alma).

—Nosotros, hijo, no somos como los monos, loros y peces, para quienes con la muerte se acaba todo. Tenemos una cosa, dentro del cuerpo, que se llama alma, y ésta nunca muere, y si es bautizada irá al cielo cuando haya muerto el cuerpo.

—Yo me he de ir al cielo.

—Si no te dejas bautizar, no: y aunque no quieras, irás al lugar de tormentos. (Tienen los Güitotos idea bastante clara de un lugar de premio y otro de castigo).

—No soy tan tonto, añadí, para irme á padecer á ese lugar de tormentos.

—Si no fueres bautizado, te perderás del camino que lleva al cielo, y ¿entonces?...

Después de una risotada, añadí:

—Aquí en estos montes que hay tantos caminos y yo que ando de noche, no me pierdo; ¿y me voy á perder allá que, como me dijiste, hay sólo dos caminos?

Confieso, lector, que ya no se me ocurrían argumentos tan materiales como los dichos, para vencer á mi adversario. Pero Dios que quería salvar esa pobre alma tan ofuscada en la materia y el error, me alumbró un medio sencillito, y al parecer contraproducente, para persuadirle que se hiciera cristiano. He aquí lo que pasó:

Hasta entonces me había portado yo con mucha paciencia y dulzura; mas viendo que nada conseguía, levanté la voz, mudé de semblante y en tono amenazante le dije: Debes saber que es Dios el que nos ha mandado á estos lugares para que bautizáramos; y tú, desobedeciendo á nosotros, desobedeces al mismo Dios, por lo cual está enojado. Este modo, pues, amenazante, excitó la curiosidad en el Cacique, y queriendo saber lo que yo había dicho, preguntó á mi intérprete, quien le satisfizo, diciendo: «Asegura el Jusiñamuy que Dios está muy irritado contigo porque no te dejas bautizar.—¿Y es verdad que Dios está enojado?—Sí, sí, es muy cierto todo lo que dice el Jusiñamuy.»

¿Quién lo creyera, lector! Pues el indio con mucha humildad añadió: «Lávame la cabeza. No quiero que Dios sea mi enemigo.» El gusto y placer que mi alma sintió en esos momentos no son para escribirlos. Sólo diré que el Señor nos recompensó superabundantemente todos los trabajos habidos desde que salimos de Mocoa hasta este punto. Sigamos.

Después de dar un estrecho abrazo á mi querido Cacique, continué instruyéndolo para hacerlo más digno del Sacramento regenerador.

Antes de derramar el agua sobre su cabeza, díjese que era costumbre de los hijos de Dios llevar un nombre de los que ya estaban en el cielo, para que fueran nuestros amigos y nos librasen de muchas desgracias. Convino en esto. ¿Quieres llamarte Jacinto?—No: tú eres bravo. (Es que conmigo pasó la disputa, le pareció que era, en verdad, bravo).—¿Quieres llamarte Santiago?—Sí. Y fué el nombre que le pusimos al tiempo de hacerlo cristiano.

Por una casualidad, el día de la ceremonia llegó á ese lugar el Sr. Gregorio Calderón, uno de los más ricos del Caquetá; y fué el padrino de nuestro Santiago.

Por tan gran triunfo hicimos una pequeña fiesta, en la que tomaron parte varios blancos y algunos Güitotos. El nuevo cristiano quedó transformado en un todo, y como debía regresar nuevamente á su tribu, al tiempo de despedirse díjome que se iba muy contento; invitóme á que fuera á su casa, añadiendo, además, que contaría á su gente todo lo que había pasado.

Nosotros le dimos esperanzas de irlos á visitar; y cuando después de algún tiempo, cumplimos nuestros deseos, Santiago Calderón (tal fué el apellido que recibió en el Bautismo) nos recibió con cariño, como lo diré en su lugar.

Nosotros también el 24 de Octubre, después de celebrar la Santa Misa y dar las gracias al joven Gasca, por la buena acogida que nos hizo, emprendimos de nuevo el viaje. Sólo dos horas anduvimos por las aguas del Putumayo y llegamos á la desembocadura del Caraparaná.

Dejemos, por fin, el pintoresco cuanto terrible Putumayo.

¡Adiós, lugar de tantos crímenes! ¡Adiós, depósito de un sinnúmero de cadáveres! ¡Quédate guardando en tu seno las lágrimas de la viuda, los ¡ayes! del huérfano y las glorias de muchos mártires del verdadero progreso! Entretanto nosotros, libres ya de los molestos é insufribles mosquitos, nos sentamos á las orillas del Caraparaná á comer un frugal almuerzo que consistía en un poco de arroz y un loro, el cual en la noche anterior nos lo había preparado una india güitota.

Muy por la tarde del mismo día llegamos al punto denominado *Correntoso*, vivienda del indiecito Juan Bautista Tama. Este y otro que existen en *El Encanto* son el brazo derecho del citado Gregorio Calderón. A no haber sido por ellos, dicho señor hubiera tenido un revés de fortuna, pues al ausentarse para el Tolima, todos los indios que le pertenecían estuvieron á punto de huir; mas la táctica y buenas maneras de los dos, hicieron que desistieran.

Después de bautizar unos siete párvulos y casar á Juan Bautista, continuamos con felicidad la navegación hasta la principal Agencia de este río, muchas veces ya nombrada, que es *El Encanto*. Creo que de este punto, sito en la margen izquierda del río Caraparaná, hasta el lugar donde el Putumayo recibe el tributo de sus aguas, sólo había unas catorce horas de navegación.

Por muchos motivos resolvimos con el P. Santiago permanecer algunos días en *El Encanto*: ya porque el mismo Sr. Gregorio nos había aconsejado que era muy prudente hacerlo así; pues antes de ir nosotros á las tribus bárbaras, quería anunciarles nuestra llegada para que estuviesen reunidos en sus casas, como también para advertirles el buen manejo que debían tener para con nosotros, etc., etc.; ya también, porque siendo *El Encanto* centro de muchos blancos, y á donde acuden indios de varias tribus, podíamos ejercer nuestro ministerio sin mucho trabajo.

Dicho señor ofrecióse también á acompañarnos; pero al tiempo que íbamos á emprender tan peligrosa tarea, ocupaciones imprevistas le obligaron á quedarse.

En los 17 días de permanencia, adquirimos muchos conocimientos de los usos y costumbres de aquellos indios, diseminados en estos montes. Nos pusimos al

corriente de las guerras, envenenamientos y crueldades que habían hecho y hacían con sus enemigos; como también de las matanzas, que pocos meses antes habían efectuado con los blancos. Muchos de los que narraban estas cosas se habían salvado de la muerte, y algunos hasta nos mostraron las heridas que recibieron en esas horribles guerras.

No obstante todo esto, nos aseguraron que á nos-

otros no nos pasaría desgracia alguna; que los indios no eran crueles con quien bien los trata. Todo esto nos animaba mucho, é hizo que no desistiéramos de nuestro propósito. Con todo, y á pesar de la gran confianza que teníamos en Dios y en la Santísima Virgen, pasamos días amargos y noches terribles, como lo podrá atestiguar el P. Santiago, y diré yo en los capítulos siguientes. *(Continuará).*

LOS REDENTORISTAS EN EL CONGO (ÁFRICA)

(Continuación)



o más grato é interesante son siempre las primeras impresiones, y éstas son las que voy exponiendo en las varias cartas que á *Las Misiones Católicas* he escrito desde hace breve tiempo. Bien sé yo que mis lectores desearían leer cada vez algo de las

Misiones que los Padres Redentoristas predicán en el Congo; ¡ay! gracias que de vez en cuando pueda mandar á esa tan apostólica Revista algo de lo mucho que hacen nuestros misioneros en las apartadas regiones del Congo. ¿No saben los lectores muy benévulos de *Las Misiones* la vida que lleva el misionero? No bien las brumas del otoño cubren los picachos de las altas montañas, el misionero abandona la dulce y muy sabrosa soledad del claustro, se encomienda á Dios en fervorosa oración, se abraza con el crucifijo, compañero inseparable de sus fatigas y trabajos, y... ¡adelante! á ganar almas para Cristo. Aquí es una mole inmensa en donde se halla colgado un pueblo ó caserío, y á ella trepa el misionero infatigable para recordar á aquellos corazones que se hallan muy cerca del cielo y que los picos y montañas que les rodean les señalan con dedo gigantesco que su fin es Dios. Abrese otras veces ante el cansado misionero un abismo profundo, que tal es el ameno valle que contemplan sus ojos, y á él se precipita el Hijo de San Alfonso para enseñar á los hijos de la tierra que el valle pintoresco con sus flores y galanura es espejo del alma virtuosa, es imagen del cielo, donde les aguarda Dios para hacerles felices. Y ocúpase el misionero de chicos y grandes, y predica y enseña por la mañana, al medio día y toda la tarde, y toma parte de la noche para orar, y comprenderán los lectores de *Las Misiones* que es imposible escribir gratos recuerdos y escenas conmovedoras siempre y cuando el misionero lo quiera y desea...

¿Algún lector compadece al pobre misionero y llama excesivamente trabajosa vida tan activa y agitada? Cierto que sí, es muy penosa, como es penosa la vida del labrador que entre nubladas, escarchas y fríos sale del hogar y, siguiendo el tardío paso de la yunta, se encamina á la finca que ha de verse más tarde coronada de dorados frutos. También el misionero tiene sus consuelos, también el misionero siente hondas alegrías, también para el misionero llegan estíos risueños que le hacen olvidar pasadas fatigas y llenan su alma de celestiales alegrías.

Una tarde (era el día de Pascua) vienen corriendo

algunos negros, y con palabras entrecortadas por la mucha fatiga nos anuncian que allá en medio de un camino había un pobre negro abandonado, tendido cuan largo era y con señales muy próximas de muerte. El venir corriendo á dar parte era casi un milagro, pues conocida es de todos la indolencia proverbial de los africanos. Corre presuroso uno de los Padres, se acerca al moribundo, le habla, le pide alguna señal de vida para saber ó adivinar cuáles eran sus sentimientos religiosos. Todo en vano; la muerte se venía á más andar, y no había tiempo que perder. Imposible dejarle tendido en medio del camino expuesto á la intemperie y á ser atropellado por la mucha gente que pasaba; era de urgente necesidad llevarlo al hospital.—«Coged á este hombre, exclama el misionero, y llevadlo al hospital.»

Multitud de negros, compañeros suyos, le rodeaban, atraídos unos por la curiosidad, imposibilitados otros de continuar el camino por la mucha gente que se había aglomerado. Todos contemplan el moribundo, todos oyen la voz del misionero, y sin embargo nadie se mueve. Insiste de nuevo el Padre, ruega, suplica, expone el gran peligro de la vida que corre aquel hombre, ¡vano empeño! La pereza y la indolencia se habían apoderado de aquellos infelices congoleños, y preferían ver morir á su compatriota en medio de una calle antes que molestarse lo más mínimo para asistirle y llevarle á un lugar seguro. Sabido es que los negros son grandes niños y que son capaces de hacer los mayores sacrificios por un juguete ó pedazo insignificante de cristal que aquí en Europa desdeñaría un muchacho tirándolo á la calle.

Viendo, pues, el misionero que no era oída su voz, enseña á aquella indolente muchedumbre cuatro niñerías de Europa, y, como si aquello fuera obra de magia, se abalanzan algunos hombres, toman al enfermo y lo llevan al hospital.

Al día siguiente se repitió la misma escena con otro moribundo; nacieron las mismas dificultades, que se resolvieron con otras chucherías del mismo estilo.

Se administró el santo Bautismo á los pobres moribundos, y dos días después los dos nuevos catecúmenos se despedían de este mundo y volaban sus almas al cielo. En medio de su indolencia y grandes defectos, estos negros son muy sencillos, y gran número de ellos ocuparán sin duda en el paraíso los altos puestos que tan fácilmente desdeñan algunos tontos, tontísimos é ignorantes europeos. ¡Dios bendiga al Congo y tenga piedad de la pecadora Europa!—P. ENRIQUE E. CHAUBEL, *Redentorista.*



ZANGUEBAR.—PREPARATIVOS DE COMBATE ENTRE LOS KIKUYUS. — Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Cayzac.

NARRACIONES KIKUYUS

PARA COMPLETAR «LAS MEMORIAS DE UN SALVAJE»

por el R. P. CAYZAC, de la Congregación del Espíritu Santo, misionero en el Zanguebar

(Continuación)

Más poderoso es todavía el cráneo humano cuando se le emplea por un objeto personal, para satisfacer odios, venganzas ó hacerse pagar una deuda. Se acerca el acreedor al deudor, y echando el cráneo á sus pies, le dice: «¡Devuélveme la vaca, ó sino, que tu cabeza se seque como este cráneo!»

E inmediatamente entrega la vaca aun cuando sea dudosa la deuda... Es tan grande el horror que le tienen, que si saben que os dirigís contra ellos, os saldrán al encuentro y aceptarán cuantas condiciones les impongáis mientras no les «juguéis macho cabrío.»

Sin embargo, raras veces se sirven de esta arma terrible; les inspira demasiado temor. Para emplearla deben estar exasperados, tanto como el desdichado que, loco de dolor ó de vergüenza, se echa al mar ó se ahorca...

Con facilidad admirarán mis lectores el estupor que causó aquí la noticia siguiente, hecho auténtico:

Dos pequeñuelos, una niña de ocho años y su herma-

nito, de seis, quedaron huérfanos de madre. El padre contrajo segundas nupcias; la nueva madre fué para los niños cruel madrastra. Los pobres pequeñuelos comían lo que sobraba y pasaban hambre. Por la noche tiritaban en su camita sin mantas (aquí las noches son frías).

En el Kikuyu, los niños suelen estar pronto al corriente de todo. Desde que son capaces de comprender, ya para ellos no hay misterios. La culpa, empero, la tienen los padres, para quienes el recato, la reserva y la prudencia son cosas desconocidas.

Mis pequeños héroes habían sufrido mucho; pero tuvieron una idea luminosa.

Una noche, el padre y la madre estaban sentados en el comedor. El padre comía con apetito descomunal plato de humeantes judías; la madre atizaba el fuego.

De repente entra la niña y echa un cráneo á sus pies, exclamando:

—Desde hoy mi hermanito y yo comeremos primero y conforme á nuestro apetito, ó sino, que vuestra cabeza quede seca como este cráneo.

Luego entra el niño y arroja otro cráneo, diciendo:

—Desde aquí, mi padre dormirá conmigo para darme calor y madre con mi hermanita; sino, que vuestra cabeza quede seca como este cráneo.

Cuando me contaron esta historia, no pude menos de observar que si en Europa dos niños se hubieran atrevido á jugar tal partida á sus padres, seguramente les hubieran abofeteado y por añadidura enviado á dormir sin cenar. Pero parece que aquí, al contrario, la acción era tanto más imponente, cuanto que fué cometida por inocentes niños. Era una manifestación evidente de voluntad de los Espíritus, que obraban por medio de los niños...

Desde aquel día, los dos niños terribles comen los primeros y hasta estar saciados, y no tiritan ya en su fría camita.

VI

La enfermedad de las perlas

Los Kikuyus por lo general disfrutan de robusta salud. El clima es sano, el alimento abundante y variado, el trabajo reducido al *mínimum*, y los cuidados, salvo el impuesto una vez al año, ninguno.

No obstante, alguna vez se ven atacados de pleure-sías, pulmonías ó calambres de estómago, y entonces vienen á encontrarme, cuando los demás hechiceros no han podido curarles.

Digo los demás, porque yo también soy hechicero. He obtenido el diploma muy fácilmente. Mi fama la debo casi exclusivamente á la sal purgante, cuyas virtudes en el Kikuyu son maravillosas. He curado tantos males y he alejado tantos diablos tenaces, que este modesto pero enérgico medicamento ha alcanzado extraordinaria reputación. A los indígenas les gusta mucho, y alguna que otra vez vienen á pedirme un vaso, únicamente para refrescar.

Les concedo este favor cuando estoy contento de ellos, y para alentarles á continuar en el buen camino...

Y desde que me puse á pronosticar, no cedo en nada al más famoso hechicero.

Siendo el pronosticar común á todos mis hermanos en hechicería, tuve que acostumbrarme á ello, so pena de quedar eclipsado. Anuncio, pues, el porvenir y revelo los secretos más recónditos haciendo voltear un cuchillo sobre la mesa. Pero sólo lo hago una vez por semana, el domingo, y como no exijo ningún honorario, mi clientela es numerosa y fiel.

Cierto día, un joven vecino mío sintióse atacado de la «enfermedad de las perlas,» y me llamaron á curarle, siendo preferido á los otros hechiceros.

Ya sé que desconocéis la «enfermedad de las perlas.» En vano la buscaríais en el Manual más completo de medicina. El honor de denunciarla á la Facultad, para mí estaba reservado.

Aquel mismo día, por la mañana, este joven había cruzado el patio de la Misión, alegre y tranquilo, cantando con toda la fuerza de sus pulmones, y luciendo orgulloso su penacho de plumas de gavilán. Algo más lejos habíase sentido súbitamente atacado de atroces dolores de estómago... Algún enemigo ó rival le había

«echado» perlas á traición. Estas perlas se quedaron en el vientre. Todos los hechiceros famosos fueron llamados para hacerlas salir...

Fuí el primero en llegar, y hallé al joven retorciéndose desesperado sobre la hierba y lanzando desaforados gritos. Tuve que confesar mi impotencia: esta enfermedad era desconocida en Europa; ningún hechicero blanco podía sacar las perlas...

La familia del paciente ya había sospechado esta respuesta; pronto vi llegar á uno de mis *hermanos* en *hechicería*, gallardo hombre de rostro agradable y fino precedido de un acólito portador del botiquín.

El botiquín consiste en un saco de calabazas de todas formas y tamaños. Estas calabazas son los frascos; á guisa de penacho ostentan una cola de... macho cabrío, que hace las veces de tapón, dándoles al mismo tiempo el aspecto diabólico querido.

El hechicero se sienta un momento para descansar y enjugarse el sudor del rostro con un puñado de hojas, pues hacía un calor irresistible; listo el tocado, me mira con aire de triunfo; sabía que había fracasado.

Luego se levanta para empezar el tratamiento, que seguí con el mayor interés, lo que le halagaba mucho.

Precisaron muchas ceremonias preliminares para hacer salir las perlas, pues no deben salir ni por arriba ni por abajo, sino á través de la piel de la cavidad en que se encuentran, y sin dejar el menor indicio, tal como han entrado...

El hechicero hizo, pues, infinidad de pasos y gestos diabólicos, dió fricciones con cuernos de... macho cabrío; embadurnó al enfermo con variados unguentos que luego cubrió con polvos blancos, grises, negros... le escupió á la espalda, á la cabeza y al pecho, escupiése á sí mismo y escupió también á los asistentes;... yo tuve tiempo de ponerme á salvo. Finalmente, tentó el estómago del enfermo, para asegurarse de la posición exacta de las perlas... Luego sacó del saco una calabaza larga y diminuta como un frasco, la volvió cabeza abajo para mostrar que no contenía nada y la hizo llenar de agua. Después de haberla adicionado un puñado de unos polvos negros la dió á beber á los padres del enfermo y luego bebió él mismo un poquito.

Hecho esto, ¡atención! Ha llegado el momento en que las perlas van á salir del vientre del enfermo para entrar en la calabaza que contiene el agua maravillosa. El hechicero hace un majestuoso ademán al rededor del enfermo, le aplica el cuello de la calabaza contra el vientre y... todos los asistentes saben que las perlas han salido.

El hechicero, sentándose gravemente en su pequeño taburete, me lanza nueva mirada de triunfo, suavizada por una sonrisa de la más fina ironía. Derrama lentamente el contenido de la calabaza, y en el fondo aparecen dos grandes perlas azules. ¡Yo las vi con mis propios ojos!

Mi primer movimiento fué observar si el enfermo estaba aliviado. Pero ¡ca! aun se retorció desesperadamente sobre la hierba. Todavía le quedaban perlas en el vientre; no habían salido todas. La operación se hacía cada vez más interesante; limpiéme, pues, los lentes para ver mejor.

El hechicero vuelve á empezar las ceremonias preli-

minares antes indicadas. Aplica por segunda vez el cuello de la calabaza contra el vientre del enfermo y vuelve á sentarse, lanzándome la misma mirada de triunfo. Por segunda vez vacía la calabaza, y en el fondo aparecen otras dos perlas azules, todavía mayores que las primeras...

Pero ¡cosa asombrosa! el pobre enfermo continúa retorciéndose y desesperándose de dolor. Y he aquí que el hechicero se niega rotundamente á volver á empezar. Parece que la concurrencia, como era tan numerosa, le hacía distraer...

Entonces creí llegado el momento psicológico para entrar nuevamente en escena y recobrar el terreno perdido.

E imponiendo silencio con la mano:

—Yo, dije, me encargo de curar al enfermo. No le haré salir las perlas ni en el acto ni tal como son. Mi medicamento tiene un poder muy distinto. Las perlas que le quedan todavía en el vientre, que son infinitas, serán fundidas al influjo de él, y desaparecerán tan pronto como el enfermo...

Inmediatamente le administré una doble dosis de cierto purgante famoso por su energía, y al día siguiente, nuestro joven se paseaba, alegre y sano, por el patio de la Misión.

A contar de aquel día, los Kikuyus de las cercanías se dividieron. Unos sostienen que los hechiceros son unos farsantes; otros pretenden lo contrario.

Los hechiceros, guardan silencio sublime.

(Continuará).

DESDE CHINA

Muerte del emperador Cuan-Su y de la emperatriz viuda Tche-Si.—Honras fúnebres de los mismos en Yochon.—Luto de la ciudad.—Proclamación del nuevo emperador Sinen-Fung.

I



oy hace quince días se presentó en esta residencia el jefe de telégrafos de la ciudad—que es algo amigo mío, —pálido, tembloroso, consternado, estrujando entre los dedos un papeletito azul con orla blanca—señal de luto,—en el que estaba escrita la fatal nueva que le había impresionado tan profundamente, y me comunicó, encargándome el secreto, la muerte de los emperadores, acaecida con sólo un día escaso de diferencia (el 14 de Enero la del emperador, y al día siguiente la de la emperatriz), no sabía él si de resultas de enfermedad, asesinato ó suicidio; aunque se inclinaba á lo primero tocante al emperador, que llevaba ya cerca de un año enfermo de mucha gravedad y sin esperanzas de mejoría, y á lo último respecto de la emperatriz, que es lo que suponen todos los chinos con quienes he hablado, y confirma la voz pública, que atribuye la muerte de la emperatriz á haberse envenenado ella misma tomando oro en polvo, veneno que emplean en este país los grandes suicidas, desde el emperador hasta los últimos mandarines. El susodicho jefe de telégrafos, á pesar de pertenecer al partido progresista, como educado en las escuelas que llaman europeas, es en la práctica conservador, y quizá en el fondo de su alma, lo mismo que la mayor parte de los progresistas chinos, sobre todo los que tienen empleo; y teme, por aquello de «á rey muerto, reino revuelto,» que algunos de sus correligionarios más exaltados promuevan, aprovechando esta circunstancia, una guerra civil para derrocar la dinastía, ó, por lo menos, gravísimos trastornos y revueltas.

Yo confío mucho en la sensatez de esta gente, y más en su pacífico carácter, tan amante del orden, y creo que no sucederá nada. Rarísimos serán actualmente los chinos que, por lograr el triunfo de sus ideas políticas, no bien definidas aún y muy poco arraigadas en los que

las profesan, aventuren sus comodidades é intereses y renuncien á sus antiguos hábitos de vida reposada y tranquila. A este modo de ser de los chinos se debe principalmente, y á su respeto y sumisión profunda á la autoridad, el que la revolución, que de algunos años á esta parte se viene realizando en todos los órdenes del Gobierno, haya sido tan mansa y que, no obstante el malestar y descontento que en todas partes se nota y las aspiraciones y anhelos de muchos reformistas mal hallados con lo presente, no haya estallado hasta ahora una conflagración general en todo el imperio, y sí sólo algún chispazo aislado, ya en una, ya en otra provincia, sin trascender ni comunicarse á las demás. Pero, en fin, lo que haya de acontecer ahora ó más tarde, con motivo de la muerte de los emperadores chinos, *profetas tiene España que lo habrán vaticinado ya con todos sus pelos y señales.*

II

Al día siguiente de haberme participado el jefe de telégrafos con tanta reserva la noticia de la defunción de Sus Majestades los emperadores, se enteró de ella toda la ciudad, y recibí yo la confirmación oficial de la misma en la carta adjunta del mandarín, que la envió á V. á título de curiosidad y para que... la lea, si gusta; pero como quizá no la entienda, se la traduciré literalmente, y hasta le pondré notas para mayor claridad.

Dice así la carta: «Reverentemente comunico al *gran hombre*—soy yo.—He recibido con profundísimo pesar un oficio de su excelencia el Prefecto, en el que se transcribe el siguiente telegrama: El gran emperador (1) subió al cielo en la carroza tirada por dragones—murió (2)—á la hora *yu* (3)—de cinco á siete de la tarde

(1) Sería una irreverencia y desacato imperdonable escribir el nombre del emperador dando cuenta de su muerte.

(2) En China sólo se dice que *muere* la gente vulgar. Los emperadores se *derrumban*—pung—los grandes mandarines *deponen su autoridad*—jung—los más pequeños *dejan de cobrar su sueldo*—lou,—etc., etc.

(3) Los chinos dividen el día en doce horas, cada una equivalente á dos de las nuestras. Los doce caracteres con que se designan las horas reciben el nombre de *ramas*. Combinados estos caracteres con los diez del ciclo llamados *troncos*, se forman sesenta denominaciones, que emplean para numerar los años, me-

—el día 21 de esta luna—14 de Noviembre.—Según aviso de la emperatriz viuda se ha nombrado sucesor. El día 22 de la misma luna se remontó á las alturas la gran emperatriz en la carroza de los inmortales—expiró—á la hora *uei*—de una á tres de la tarde. Hincado de rodillas (1) y con el corazón inundado de tristeza leyó el infausto telegrama. El tribunal de ritos ha telegrafado á las dieciocho provincias y mandado á sus respectivos gobernadores que, según la antigua usanza,

ses, días y horas. De aquí proviene la palabra *pa-tché*—ocho letras—para significar el año, mes, día y hora del nacimiento de una persona.

(1) Los mandarines cuando reciben un decreto del emperador, se visten de ceremonias; cogen el decreto con ambas manos y lo levantan á la altura de los ojos, y así van con él y lo depositan sobre un altarcito delante de la tablita que llaman *Van suei pai*—larga vida al emperador—, encienden tres pebetes de incienso, y puestos de rodillas lo abren y lo leen.

BIBLIOGRAFIA

Manual de la familia cristiana, por un Padre la Compañía de Jesús.—Gustavo Gili, editor, Barcelona.—Es un muy completo Devocionario en el que se contienen todas las principales devociones más populares en España. Lo adornan varias láminas, y hacen sea más práctica su nítida impresión y el ser de regular tamaño y muy claros los caracteres empleados.

—*El hombre de bien*. Almanaque para el año 1909 *Librería Salesiana*, Sarriá-Barcelona.—Lo regalan á sus suscriptores las «Lecturas católicas»: es un elegante opúsculo ilustrado: al santoral siguen un centenar de páginas de amena y cristiana lectura.

—Es de la misma Librería salesiana el opúsculo *Huberto ó los funestos efectos de la pereza é indocilidad*, novelita que puede hacer mucho bien al muchacho que adolezca de los dichos graves defectos de tan funestas consecuencias.

—*Vida de San Juan de Dios*, por Fr. Luciano del Pozo, cronista de la Orden Hospitalaria, con un prólogo de D. Ramón Albó, diputado á Cortes por Barcelona.—Los beneméritos Hermanos de San Juan de Dios han tenido el buen acuerdo de publicar en edición económica la vida admirable de su santo Fundador, héroe de caridad, que, hijo del pueblo, para el pueblo vivió santificándose; ella hará más y más populares la caridad, la abnegación, el amor al prójimo que en el Santo resplandecen cual astros de primera magnitud. A ver qué día los radicalísimos, que odian á las Ordenes religiosas, nos publican la vida, no de muchos, con uno nos contentamos, de uno de sus héroes que la haya consagrado entera al cuidado de niños con llagas, de las víctimas todas de las más repugnantes enfermedades. Esto hizo San Juan de Dios, esto hacen sus hijos preclaros: admiremos sus virtudes y compadezcamos á los hombres sin corazón que, cegados por el sectarismo, se atreven á escribir y hablar contra las Ordenes religiosas, que son legítimo orgullo de la humanidad redimida por Jesucristo.

—*Directorio espiritual del Terciario franciscano*, obra escrita en francés por el R. P. Eugenio d'Oisy, capuchino, y traducida por el P. Agustín de Dios, de la misma Orden.—Gustavo Gili, editor. Barcelona.—Completísimo manual en el que se reúne cuanto debe saber el Terciario franciscano para bien educar su inteligencia y voluntad, no limitándose á explicar á la letra las obligaciones, sino buscando tras las palabras de la regla y de las tradiciones el espíritu que las vivifica.

—Adolphe Retté.—*Del diablo á Dios*.—Historia de una conversión, prólogo de François Coppée, traducido por el presbítero Ramón Picabea, abogado. (Con licencia eclesiástica).—Irún. P. Garmedia Aguirreche, librero-editor, 1908.—Precio, 3 ptas. La *reversión* á Dios, ó séase la conversión á las prácticas del Evangelio después de una vida de indiferencia y aun de escándalo, es una de las corrientes consoladoras de las letras contemporáneas, en Francia sobre todo, donde son

hagan observar á todos sus subordinados las ceremonias prescritas. En conformidad con esto, el día 29 de la presente luna empezará el luto nacional y se harán en la pagoda *Chien-yueng cing* las postraciones acostumbradas ante la *tablita del espíritu* de los emperadores.

En la tarjeta que acompañaba á la carta me invitaba el mandarín á que asistiese á la solemne ceremonia que el 29 de la luna se celebraría en la pagoda susodicha, de lo que me excusé, como es natural, pues si hubiera ido no tenía más remedio, so pena de dar un desaire atroz al público, que hacer, como los mandarines, mis correspondientes postraciones á los manes de los emperadores difuntos ante la tablita del espíritu. Pero, sin asistir oficialmente, me colé en la pagoda entre los curiosos, y observé á mi sabor la fiesta y las ceremonias supersticiosas que se practicaron. (*Continuará*).

frecuentísimas. No es necesario citar nombres que están en la memoria de todos; baste consignar el hecho, comprobado una vez más por el libro que tenemos delante, producción bellísima y confesión edificante del celeberrimo poeta, que nos describe con la magia de su estilo inimitable el desarrollo del drama de su conversión, poniéndonos al descubierto hasta los más íntimos plieguecillos de su alma. Recomendamos esta obra hermosísima como trabajo literario, y de utilidad indiscutible como fundamento de edificación espiritual.

—*Librito de Misa*, dedicado á los niños piadosos, por Gustavo Mey. Sexta edición. B. Herder. Friburgo.—Contiene dos devotas maneras de oír Misa, hermosas oraciones para todos los días, varias al Sagrado Corazón, á la Virgen, á San José y á San Luis y las para confesar y comulgar; completando el librito, que llena 150 páginas, tamaño 8 × 13, varios cánticos piadosos. Profusamente ilustrado, está impreso á dos colores, con el buen gusto que en todos sus libros pone la casa Herder.

—*Las Glorias de María*, por San Alfonso María de Ligorio, Doctor de la Iglesia y fundador de la Congregación del Santísimo Redentor. Nueva traducción directa del italiano por el Rdo. P. Tomás Ramos, Redentorista. Un tomo del tamaño 17 × 11 centímetros, de 688 páginas, elegantemente encuadernado. Precio: 2 pesetas. Por espacio de catorce años estuvo recogiendo San Alfonso los materiales con los cuales levantó después el más magnífico edificio que se ha construido en honra y gloria de la Madre Dios. En esta obra incomparable no habla sólo Alfonso, hablan con él los sabios de todos los siglos, los Santos de todas las edades. *Las Glorias de María* son á manera de una vastísima tribuna desde la cual pregonan la bondad, el poder y misericordia de María, los profetas, los evangelistas, los apóstoles, los más ilustres prelados de Oriente y Occidente, los Santos más esclarecidos de la Iglesia, los más preclaros doctores y los teólogos marianos más señalados. Los traductores españoles de este áureo libro de San Alfonso tuvieron tan mala fortuna, que unos lo redujeron á poco más de la mitad de su natural volumen, y otros lo afearon con tantas incorrecciones de lenguaje, que sus traducciones se caen de las manos de lectores medianamente ilustrados. Esta edición que de veras recomendamos por completo, por castiza, por la baratura de su precio y por su esmerada impresión, contiene todo el pensamiento de San Alfonso, sin menoscabarlo con culpables omisiones y sin desfigurarlo con vanas añadiduras.

—*Ninette*, tomo XLVIII de la *Biblioteca Patria*, por D. Vicente Diez de Tejada. Es un trozo de vida, muy bien observado, hondamente sentido y reproducido con perfección. El *leit-motiv* es un pensamiento de alta moral. Sobre él borda la pluma del escritor escenas emocionantes, cuadros cómicos, diversas situaciones, como las ofrece la realidad de la vida.

LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA
POR
M. C. G.

(Continuación)

Día vendrá, pues, en que cuanto juzgo malo y peligroso para mi hijo, será lo que prefiera y elija su padre. ¡Ah no, imposible! Quiero esperar que algo imprevisto cambiará la resolución de mi esposo.

3 Octubre.

Mi hermana vió ayer y comprendió cuanto sufría. Esta mañana hemos hablado largo rato; me aconseja evitar en nuestras conversaciones esta cuestión candente, y á la par tan poco actual. «No hay que discutir con los hombres, me dijo. Reza y espera.»

Comprendo la prudencia de sus consejos y procuraré seguirlos. Si viviera mi madre, de sus labios saldrían iguales palabras. Pero las suyas tendrían alguna influencia sobre el ánimo de Carlos, en tanto que ahora no encuentro quien pueda convencerle. Pregunté á mi hermana si su marido querría ensayarlo.

—No, me dijo, ni indirectamente. Su intervención indignaría á Carlos.

10 Octubre.

Deseando se prepare bien para la primera Comunión, dejé á Magdalena interna en el Sagrado Corazón. Al dejarla, la pobre criatura lloraba. Y sin embargo, no dudé un momento. Creo la prepararán mejor para el solemne acto religioso, el más grande de la vida, cuyo influjo santo sentimos siempre.

La acompañé el lunes: hoy la he visto por primera vez. ¡Qué largos le parecieron estos tres días! la encontré pálida y triste. Confío sabrá acostumbrarse á la vida de pensionado, como yo á su edad me acostumbré. Claro está que las primeras semanas son penosas.

—¡Si V. supiera, mamá, la tristeza que siento cada día al acostarme! Usted no está allí junto á mi cama, nadie me abraza ni besa...

Y comprendiendo que estas palabras me daban pena, añadió sonriendo á través de las lágrimas:

—Lloro hasta que me vence el sueño, luego duermo sin despertarme hasta que me llama la Madre. Entonces no estoy tan triste, he de apresurarme para no llegar tarde á la capilla. ¿Usted se acuerda mucho, verdad, de su Magdalena? Dígame que también la echa de menos, que siente mi ausencia.

Consolé lo mejor que supe á mi hijita, evitando favorecer esta sensibilidad á la que por naturaleza está tan inclinada.

4 Diciembre.

Mi hija se acostumbra á su nueva vida. Siempre

buena y cariñosa, es feliz cuando la visitamos y nos pregunta por todos y por cuanto nos interesa. Su corazón vive en casa y entre los de casa. La separación le es dolorosa, pero comprende las razones que la motivan. Sabe que *debe* prepararse para la primera Comunión. La Superiora me ha dicho que las maestras están contentísimas de Magdalena. Entiende con facilidad cuanto le explican y su aplicación no decae. Siempre callada y devota en la capilla, mi querida hija ríe satisfecha y corre hasta cansarse en los recreos. En fin, que por este lado todo marcha bien y doy gracias á Dios por la protección que me otorga. La temí mucho para Magdalena esta transacción de la vida de familia al pensionado. Hoy puedo afirmar que los años que pase en el Sagrado Corazón, serán para ella fáciles y agradables.

28 Enero 1865.

Hace dos meses que Luis está enfermizo. Tiene un color pálido y con frecuencia parece fatigado. Ha interrumpido sus estudios, y procuramos á fuerza de solícitos cuidados, frecuentes paseos y un régimen de vida restaurador, sacarlo del actual estado anémico. El doctor nos tranquiliza. Afirma que la bondad de su naturaleza, ayudada de los debidos cuidados, triunfará de esta prueba.

26 Junio.

¡He gozado un día feliz! Quiero escribir las impresiones consoladoras, las alegrías íntimas con que me ha regalado la primera Comunión de mi hija.

El próximo pasado viernes fué el día grande. El jueves por la tarde la conmovedora ceremonia de la bendición de los padres. Este año eran quince las niñas que se acercaban á la Sagrada Mesa. Los padres, reunidos en el gran salón, las esperábamos: entraron silenciosas, recogidas bajo sus largos velos blancos que cubren sus vestidos negros: y cuando cayeron de rodillas cada una á los pies de su padre y de su madre, pidiendo un perdón tan fácil de conceder y una bendición que tanto complace dar, abundantes lágrimas humedecieron aquellas jóvenes frentes inclinadas.

Nunca la capilla del Colegio, adornada como en las grandes festividades, me había parecido tan hermosa como la mañana siguiente. Las niñas que iban á hacer su primera Comunión formaban angelical corona en torno del altar. ¡Qué modestia, qué recogimiento adivinábame en aquel grupo encantador como la inocencia! ¡Qué paz y cuán dulce piedad! Los sencillos trajes blan-

cos, los largos velos que las envuelven protegiéndolas, las coronas de rosas blancas, no son símbolos vanos. Aquellas almitas tan puras estaban dispuestas para recibir al Cordero divino. Colocados con Carlos en la capilla lateral, teníamos frente á frente á nuestra hija y podíamos leer en su rostro las emociones de su corazón. No temíamos turbar su santo recogimiento: ni nos veía, pues concentrada en sí, todas sus facultades, todo su ser estaban subyugados por el acto sublime que iba á realizar... El sacerdote ha terminado el augusto Sacrificio. Es el momento solemne en que mi hija queridísima va á acercarse á la Sagrada Mesa. ¡Cómo expresar lo que sentí cuando el Ministro del Altísimo depositó en sus labios el Pan de vida eterna! Ya mi hija es templo de Dios, quien se ha dignado entrar en su corazón. ¡Cuando minutos después yo os poseía, Salvador mío, por la santa Comunión, os dije cuánta era mi gratitud y mi felicidad, y os pedí, con toda el alma, guardarais entero y siempre para Vos el corazón de mi hijita! Y os la repito, Señor, y la repetiré mil veces esta plegaria. Que las pasiones, que los falsos placeres del mundo, no empañen nunca esta alma tan cándida y pura. ¡Señor, Señor, que vuestro cuerpo y sangre que mi hija ha recibido, guarden su alma para la vida eterna!... Si debiera traicionar las promesas que la tarde del día grande, con tanta fe y convicción tan sincera hizo al pie de vuestro altar, arrebatádmela antes, Dios mío. Antes la muerte que la pérdida de su inocencia. La quiero, Jesús, bien lo sabéis cuanto la quiero. Y anhelo verla feliz, pero no sólo en esta tierra triste, sino eternamente en el cielo. Así quedará satisfecho mi amor.

Villiers-sur-Mer, 18 Agosto.

A orillas del mar por unas semanas. Nuestro Luis necesita estos aires vivificantes, que también serán fuente de salud para Magdalena. Los primeros meses de pensión, de vida menos libre, las emociones de la primera Comunión y de los santos Ejercicios la han fatigado. Vedla niña otra vez, pasar los días en la playa jugando con la arena y corriendo junto al agua con Luis, que expresa de mil maneras la alegría que le causa tener de nuevo á su lado á la hermana querida. ¡Cómo se quieren! Magdalena siente por él un afecto que me atreveré á llamar protector. Colma á su hermanito de atenciones y cuidados, le guarda del sol y del frío, en una palabra, vela por él. ¡Ojalá fuera siempre así! Las hermanas mayores tienen una verdadera misión que cumplir cerca de sus hermanitos, y muchos deben á sus cuidados y consejos la salud del alma.

Luis no mejora. El aire del mar parece no convenirle. Está muy débil; pasa las noches sufriendo. El médico nos aconseja trasladarnos á montaña. Mañana salimos para Monte F... Carlos está triste é inquieto y procura ocultármelo. Yo sufro iguales temores é inquietudes. ¡Tan excelente como fué hasta hoy la salud de mi hijo!

Monte F... 3 Septiembre.

En mi corazón renace la calma. Luis mejora visiblemente. El régimen prescrito por el doctor ha producido al fin los anhelados efectos. Cobra fuerzas y está más alegre. Juega con sus primos sin cansarse. Mi hermana, que llegó hace ocho días, se asombra de tan rápida mejoría. ¡Dios sea bendito!

17 Septiembre.

Creo que mi marido y yo debemos precavernos contra nuestra tendencia, mayor cada día, de satisfacer todos los gustos y caprichos de Luis. Este, muy mejorado, sigue pálido ó con frecuencia sufre pasajero malestar, que nos asusta más por lo mucho que le queremos. Ante un niño enfermo el corazón no desea otra cosa que darle gusto, y la voluntad cede aun á los más extravagantes caprichos, cuya satisfacción parece no debe ser de malas consecuencias. Pero comprendo que esto es deslizarse por una pendiente que luego es poco menos que imposible subir. Hablando en serio, ¿hacemos un bien á nuestro hijo complaciéndole en todo? No y mil veces no. En interés de Luis, debemos su padre y yo ser razonables. Hasta ahora obedecía sin replicar y nos recibía siempre con humor bueno é igual: hoy replica, casi nos falta al respeto debido y pretende imponer su voluntad.

Se permite frases que temo... Quisiera... Pero no, no puede ser.

A fuerza de dulzura y sin enojarme he resuelto acabar con estas pequeñas rebeldías. Luis tiene ocho años, está en la edad de la razón. Debo, pues, ser fuerte y no dejarme vencer por unas lágrimas. Ayer le visitó el médico y lo encontró muy mejorado. Le pregunté si podía serle nocivo obligarle á *ceder* aun á costa de contrariarlo y enfadarlo. Me aseguró que nó. Este temor, no debe, pues, detenerme.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para el Shensi Septentrional (China).—R. P. Fr. José M.^a Iruarizaga, franciscano

Elgoibar (Guipúzcoa).—J. L. 2 Ptas.

TOTAL recaudado. 551'10 pesetas,
de las que las 297 para la Misión del Shensi Septentrional (China), han sido ya entregadas al R. P. José M.^a Iruarizaga, franciscano, encargado de recogerlas; y las 254'10 restantes, enviadas al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe, en Lyon.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona